



RECUERDO

AL ARTISTA TOMAS PADRO



TRIBÚTANLE  
OTROS DE LOS ADMIRADORES  
DE SU INGENIO

**T**OMÁS PADRÓ, ha muerto.

El artista cuya intuición genial, el pintor poeta, a quien la ciencia y fortuna parecía presagiar un enviable porvenir; el dibujante de inagotable vena, de chispa cástica, que tanto nos hacia pensar y reír, y reír cuando su corazón quizás lloraba oprimido por agujones de la vida, y ansiedades y nostalgias de artista, ha muerto.

Dormía su último sueño, cuando mudo, frío, inmóvil en su estancia, le contemplamos por la vez postrera. Deudos, amigos, colegas y maestros, apiñados en torno suyo; movidos por un mismo sentimiento; llevados al acaso y por oleadas hasta el pie del tablado de luto, para darle allí el último adios, y el ósculo último de la amistad con las posteriores pruebas de cariño, le agasajaban sin cesar, como para condensar en uno, más vehemente y sublimado, todos los agasajos que en treinta años de porvenir pudieran tributarle. Artistas escultores vaciaban la imagen de su cabeza, sobre la cabeza misma que vació tantas imágenes; inspirados pintores apuntaban rápidamente los rasgos de aquella vida que perdía deprisa hasta su última expresión, la expresión del que duerme; fotógrafos inteligentes reproducían más de prisa todavía, temerosos de que esa misma rapidez fuera más breve que la del olvido, las formas vivas del que ya no vivía, para darlas profusamente en millares de pliegos de papel como retrato póstumo; numerosos cronistas apuntaban a vuelo pluma el pésame de la prensa con la impresión del momento; entusiastas escritores recogían, acá y allá desparramados, despojos de la memoria para apuntar una biografía; jóvenes y avezados poetas preparaban una nutrida corona de pensamientos como corona de luto; mientras que otros grupos de amigos comentaban las memorias y esperanzas de aquel corazón siempre vírgen, siempre joven y entusiasta; de aquel espíritu, que, vuelto al cielo, parecía flotar aún en la melancólica estancia, o convertían en atractivo lecho, como lecho de recién desposada, en fragante lecho de flores, el sombrío lecho de la muerte, en

que dormía nuestro amigo. Todos temían que el tiempo les llevara la ventaja, y estaban ávidos del último recuerdo.

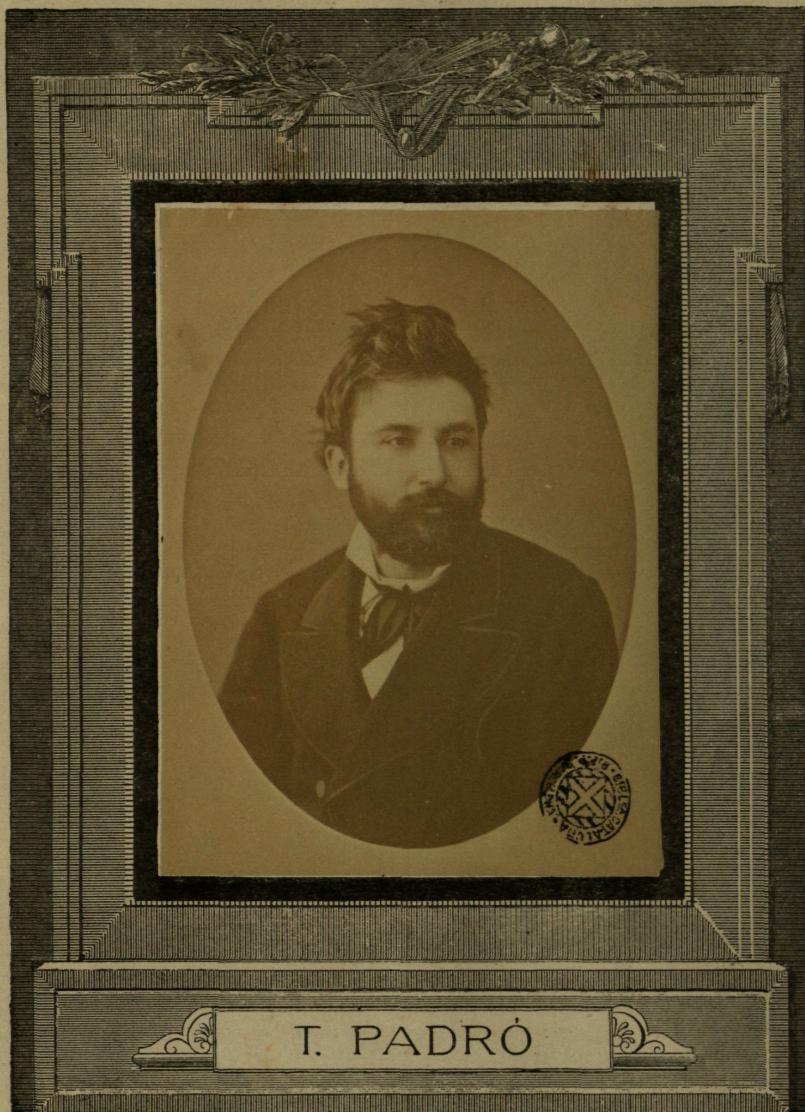
Testigos también nosotros de aquellas impresiones, partícipes de esos sentimientos, curiosos del pasado del artista, ávidos de sus noticias, apuntamos unas y otros en seguida, recelosos a nuestra vez de que, desprendidos poco a poco del árbol del afecto, como desgajadas hojas de otoño, que el vi-

ento arrastra y seca, y convierte en impalpable polvo, se perdieran muy en breve — ¡y fuera lástima! — por la ingrata condición humana y frágil. Ordenados con mano cariñosa, trazamos con ellos otra biografía, é hicimos un nuevo y justo homenaje al amigo sin dobleces y al artista distinguido. Padró bien los merecía!

Y, pues sabemos que murió bajo laureles y coronas, sepámos como vivió. ¿Por qué tanto le quisimos, y en la primavera de su vida tan sinceramente le admiramos?...

Nació Tomás Padró en Barcelona el día 11 de febrero de 1840. Formaba el árbol de sus progenitores un viejo tronco de prosapia artística, y son sus brazos más visibles un grupo de antiguos escultores, con taller y residencia en Barcelona, hace más de cien años:

promedian el siglo pasado. Era su bisabuelo escultor, escultor era su abuelo, y su padre era también escultor. Compañero aquel y quizás discípulo de Pedro Costa y de Juan Serra, fué el más notable de la familia, y reunía a su profesión conocida el título de arquitecto, con que él mismo se nombraba. Compañero de Amadeu el abuelo, poseía, como éste, menos ingenio; y era el tercero de estos escultores, discípulo de Campeny y su ayudante preferido, que sabía del maestro el talento, el ingenio, las aficiones, la originalidad y hasta las genialidades singulares, y que guardaba con respetuoso culto de discípulo esas noticias preciosas, que la muerte con su vida nos hurtó, y un sin número de bocetos en donde se ve de relieve la inagotable vena del maestro. Don Jaime, el primero de los tres, dejó entre sus obras notables varias conocidas esculturas de la Universidad de Cervera, y las del altar del Santo Misterio de



aquella villa; de D. Tomás el abuelo, son el Apostolado de esa misma parroquia, y el altar de la Virgen de la Cinta de la ciudad de Tortosa; y tiene D. Ramon, su hijo, desparramadas por España y por América un sin número de imágenes de devoción, que numerosos clientes encomendaban á su ingenio fervoroso. Porque el padre de Tomás era un sincero creyente, tan piadoso como sencillo, y tan bondadoso como humilde, en quien veneraban sus hijos sus virtudes escondidas.

De D. Ramon Padró y de una buena menestrala, catalana de antaño, digna compañera de su esposo, nació nuestro Tomás. En el taller del uno, y con el vivo ejemplo de los dos, halló su primera escuela, frente á frente de siempre nuevas imágenes de devoción, y en medio de grandiosas esculturas, como el *Torso del Belvedere*, el *Hércules Farnesio*, el *Discobolo*, el *Gladiador*, el *Apolo*, ó los fragmentos del *Lao-konte*, y cien otros, que poblaban el vasto e intrincado taller de su padre, rico por el de Campeny. Y en un conocido Colegio que ocupaba la casa misma en que murió el pintor, recibió su educación *primaria*, entre un enjambre de traviesos muchachos —que sin desdoro sea dicho del director de aquel Colegio, que sabía su infantil mundo práctico al dedillo—, aprendió, como ahora treinta años se enseñaban, empíricos y rutinarios elementos sin razonado método. Toda la instrucción general que adquirió, fué la corriente de aquel Colegio, y cuanto en adelante hizo, debiólo más que á dirección alguna á su intuición preciosa, que le tenía predisposto á enseñanzas superiores. Eran elementos de artista.

Aunque precoz en todo, medraba ya entonces en su espíritu una comezon constante, aunque vaga e indecisa, por algo que supiera á arte, y un apego extraordinario por concebir imágenes y por verlas de relieve. Dibujando unas veces y declamando otras, coleccionando láminas, pasaba sus horas de ocio y sus asuetos de muchacho. Nunca, ni siquiera por instinto, se le veía en juegos frívolos; y si algún pasatiempo ruidoso le servía de entretenimiento, era en ciertas veladas el de las *Sombras chinescas*, con que su fantasía jugueteaba, ó el de la *linterna mágica*, que tenía para él sabroso encanto, por el fantástico efecto de las siluetas que trazaba. Había siempre algo de arte en sus aficiones de muchacho: la que le había inspirado el diario trato con los yesos de su padre.

Cuando ya más crecido, buscaba esos pasatiempos en la declamación y el teatro. Un pequeño escenario improvisado en familia, y entretenimiento de ella, reveló de muy temprano su pasión por el arte escénico, y casi decidió por mucho tiempo de su vocación artística. Para Padró el teatro!... No había ocasión ni momento que pudiera dedicarle que no hubiera aprovechado. En las tertulias caseras, en los ocios entre amigos, y hasta en semi-públicos espectáculos, se le hallaba representando con su pasión decidida y su inteligencia artística. *El Guante de Coradino*, *el Zapatero y el Rey*, ó *Las travesuras de Juana*, y otros dramas de este corte, aunque de distintos méritos, con privanza en aquel período, llenaban su fantasía; y con su insaciable anhelo y su lápiz primitivo, reproducía esos cuadros en las hojas de un viejo álbum que conserva su familia: como no le eran bastante los ocios que se le ofrecían para ver las representaciones, ó para tomar parte en ellas, las copiaba en aquel libro, para tenerlas más vivas y siempre fijas á la vista. Y junto al ignorado artista hay el pretendiente cómico, en una cúpula de fantasía. Mas, el cómico ante todo. Sus íntimos compañeros, entre los que había figurado un poeta de nuestra tierra, honra de la catalana escena, le creyeron decidido por la profesion dramática. ¡Padró cómico! — parece raro. Y sin embargo lo era con su estilo joco-sério y su locuacidad y chispa.

Mas, la caprichosa fortuna tenía en sus ojos una venda

que le impedía ver más lejos, pues su porvenir era otro. ¿Quién debía decírselo? el trato con otros amigos, el constante trato diario con artistas de otras artes, y el impulso de otros maestros.

Campeny, el ilustre Campeny, puso en su ingenio la mano y empezó á obrar el cambio. En sesiones los domingos le iniciaba en el arte plástico, y con su originalidad *sui generis*, le hacia trazar en el encerado formas y conceptos de arte, imágenes y grupos triviales, aunque pensados con talento, que tenían para Tomás un siempre nuevo aliciente. ¿Quién sabe si en aquel álbum del cómico de once años se hallan huellas de Campeny?

Después, entregado de lleno á la escuela de dibujo de que era Campeny maestro y D. Ramon ayudante, en la Lonja de Barcelona, hizo progresos rápidos, y cruzó las clases de elementos con disposiciones raras. Llegó á la del *Antiguo*, y en ella empezó á revelar su afición del porvenir. Dibujando con mano hábil las bellezas esculturales, sintiendo sus grandes manchas con intuitiva mirada, casi adivinando su aticismo y su delicadeza esquisita — como quien ya de muy niño las tenía en diario trato y en hospedaje de familia — hizo comprender muy pronto que su carrera era el arte. Con razón se le hizo, pues, quince años más tarde ayudante de aquella clase.

Ingresado algo más tarde en la Academia privada de don Claudio Lorenzale, continuó su marcha rápida por el camino emprendido, y con el no común buen gusto, la corrección de dibujo, más que corrección *purismo*, la práctica de plegar, las nociones y ejercicios de composición pictórica, que enseñaba el profesor del *antiguo*, adquirió soltura tal, y facilidad tan grande en dibujar e inventar, que improvisaba conceptos con soltura de maestro. Rico de noticias prácticas; provisto de buenas ideas, y nutrido á la vez de imágenes; abundante en calcos de artistas, de trajes, armas, monumentos para la pintura histórica, género de su maestro, y de historia de Cataluña, afición de aquella escuela; abastecido de apuntes, servido por impresiones, recuerdos y noticias; imitando á Lorenzale y agradecido á sus esfuerzos, salió al fin, Tomás Padró, del taller del profesor. Su corazón sincero recordaba á cada instante lo mucho que le debía; y sirva este recuerdo íntimo á revelar un secreto del corazón del discípulo.

Había por aquel tiempo en Barcelona una asignatura artística que era el lugar de cita diaria de numerosos oyentes, y dos veces por semana de maestros y discípulos. Era la clase de *Teoría e historia* de la Academia de Bellas Artes. Frequentaba sus escaños un púber barbillampiño que conocido de todos, y codeándose con los maestros, por su conversación picante y sus comentarios de artista, unido á su atrevida mirada, espejo de su penetración, revelaba claramente cualidades distinguidas, y precoz chispa e ingenio: era Tomás Padró. Allí al lado de Fortuny, y de otros notables jóvenes discípulos de Lorenzale, que eran todos amigos suyos, y de muchísimos más, estrechamente apiñados en la reducida clase, seguía paso á paso al profesor, con atención profunda y malgrado su temple locuaz, atraído por el ejemplo, cautivado por la doctrina, platonizado por el arte, recogía sus apuntes, tomaba al vuelo sus notas, exquisiaba sus dibujos y aromatizaba su espíritu con lo bello y lo ideal. Y en días de composición estaba en los puestos primeros, esperando la justa crítica del profesor de la clase, á quien presentaba sus obras, sin temor de que Fortuny las superara todas. ¡Cuántas veces los conceptos del imberbe adolescente revelaban gran talento y un fondo de preciosas prendas!

Con Miguel Angel, Rafael, Cornelius ó Kaulbach por ejemplo; con Leonardo de Vinci, el Peruggino, Fray Angelico ó Overbeck por maestros y por modelos, aprendió el arte

sério de Milá y de Lorenzale, y aunque el de su porvenir fuera otro, era el gusto neo-romántico y el alemán en boga con ribetes de misticismo, el que formó su criterio. Nunca le sirvió de estorbo aquel sello de dos maestros, que veneraba admirando, y hasta en sus posteriores obras, en sus obras de más aliento, dejó entrever las influencias de sus doctrinas estéticas. Benéfico don de toda escuela, y provechoso cimiento de un buen método de arte.

Inseparable de Fortuny, fué en adelante su compañero, y un girasol de su ingenio. En el taller, en la cátedra, en la Galería de pintura, en la clase de colorido, en el campo por estudio, en las polémicas de arte, ó en los círculos de amigos, — de que nos quedan cuadros gráficos, — le siguió con sumo apego, émulo de sus cualidades — aunque con menos empuje — hasta llegar á imitarle. Porque Fortuny era el *magister*, el decidor y el ejemplo de aquel grupo de gente moza y amada de lo bello:

Un libro de Gavarni, que llevaba á la sazon el presuntuoso título de *Celebrités Contemporaines*, caído en manos de Fortuny, fué por aquellos días la admiración de los dos. ¡Gavarni entre aquellos jóvenes en 1857! ¡Qué placer para Fortuny! ¡Qué asombro para Padró! Vena inagotable y rica de estudio y observación, de constantes comentarios, de ocupación casi diaria, fué el álbum de Gavarni, por su expresiva realidad y su característico viviente, entonces, como después, aunque de distinto modo, compañero inseparable é inspirador casi diario de Fortuny y Tomás Padró. Beneficióles sin viciarles, merced á sus buenos preceptos, y dió el sello y el botafuego á su chispa abundantísima y á su novedad de ingenio.

Más, Padró, como Fortuny, cultivaba en sério el arte. Estudiaba el natural, la perspectiva, el paisaje y la anatomía pictórica, hacia bocetos de antiguos cuadros, pintaba el modelo desnudo, y el plegado académico en el hombre, y el maniquí, se ejercitaba en el retrato y componía sin descanso con pasmo de facilidad. Aventajado en todo, obtenía primeros premios y las mejores notas, y en 1857 el premio de composición y la medalla de plata de la clase de colorido, con una invención asaz bella, aunque de léjos recuerdo de Fortuny y de sus maestros.

Y, sintiéndose con altas miras y con aspiraciones vastas, hizo una excursion de artista por diferentes comarcas del principado catalán, visitando especialmente los monumentos notables de Tarragona y Gerona, y los imponentes restos de Poblet y de Ripoll, de que tomó cien apuntes pintorescos pero artísticos; y copiaba por fragmentos, los más preciosos detalles de antigüedades locales, y de fábricas venerandas de Barcelona y su provincia. Porque al estender su espíritu por esas regiones del arte, sentía admirable el pasado, — ese pasado que impone — y crecer sus cualidades.

Desde entonces le fué estrecho el ámbito de su ciudad natalia á sus deseos y esperanzas. Partióse de Barcelona; permaneció en Valencia, buscando en la ciudad y sus museos los lienzos preciosos de Joanes, de Ribera y los Ribalta, que admiró entusiasmado, é impresionado de ellos pasó después á Madrid, tierra de sus esperanzas. Quebrantado sin embargo por una fiebre adquirida en sus paseos pintorescos en derredor de Valencia, cuya vega y viejas fábricas entretuvieron su lápiz, tuvo que dejar Madrid, tras una enfermedad penosa, que velaron sus amigos, y volvió á Barcelona á enjugar su sufrimiento y su decepción primera. Padró guardaba el recuerdo mezclado de gratitud y de nostálgico acento.

Vuelto un año más tarde á sus aspiraciones y ensueños, que de Madrid avivaban sus amigos catalanes, pasó de nuevo á Madrid en 1860, después de ver en Barcelona la vuelta de sus voluntarios y de los soldados de África, cubiertos de ví-

tores y entusiasmo — que sus papeles retraen —; y vió en Madrid el arribo del ilustre general, que recordó en tierra extraña, entre la ingratitud y el olvido, aquellos espléndentes laureles y aquel entusiasmo magnífico con que galardonó á España entera, — época memorable! — y de Muley-el-Abbas, con el séquito de uno y otro, y el grueso del sufrido ejército, que servían de brillante incentivo al artista y de aliciente á su lápiz. Y hallándose ya en Madrid en tan favorable período — el mejor de nuestro siglo — estudió en su Academia bajo la dirección sesuda de D. Carlos Ribera y D. Federico Madrazo. La dirección del uno, la hábil mano del otro, y de los dos la ciencia ó arte, fueron para él de gran provecho. Y sus constantes visitas al museo de Pintura, lugar de sus emblemas, el desvelo y expansión de su chispeante talento. Velázquez con su estilo suelto y su no sé qué cortesano; Ribera con su nervio y vida y su *realidad* que pasma; Rúbens con su color terso-graso y su brocha de maestro; Ticiano y Van Dick mezclando la vida y la elegancia con cariñoso pincel; Rafael por lo correcto y pensador de genio, y hasta el andaluz Murillo, mirado con cierto desden por nuestros jóvenes artistas, todos tenían atractivos y atinados elogios de su criterio imparcial y de su delicado tacto. Castellanos, flamencos, holandeses ó venecianos, habían todos algo nuevo, algún aliciente especial para su gusto esquisito y levantado á la par: sutil y lince su ojo veía bellezas sútiles, que otros pasaran por alto, en los lienzos de caballete, ó en los anchurosos lienzos de atrevidos coloristas. Para él, nada había sobrado, ni asunto de segunda mano y de negligente estudio.

Su vida en Madrid fué un encanto, aunque recatada y pobre, y pasó como un prodigo, como un ensueño ó ilusión. Con gusto la retraía, y con brillo de pincel, por no decir de palabra, con viveza de su hábil lápiz recordaba aquellos días de su mocedad de artista. Madrid tenía para él un atractivo singular y un precioso aliciente. Formados ya sus elementos, su ilustración, su criterio, su erudición de artista; pasado de simple fruto docente á verdadero iniciado, fué allí donde por vez primera se le halla espontáneo, aunque incipiente á veces. Dibujando con frecuencia para el *Museo Universal*, de gratísima memoria por haber dado á la imprenta no sabidos grabadores y dibujantes en boj, entre los que estaba Padró; para el *Mundo Militar*, de que era ilustrador importante, ó componiendo y pintando algunos notables cuadros, poco afortunados tal vez, como el de *Pelayo en Covadonga*, que hizo de exprofeso encargo para premio de ese periódico, y que quedó olvidado en su redacción de entonces; ó como el de la *Redención de Cautivos*, cuyo importante dibujo revela su aspecto grandioso y su sentimiento histórico, recuerdo de su pasado, y justifica los elogios con que le honró Madrazo; haciendo estudios y bocetos de los coloristas de nota de la Escuela española; ya copiando algunos cuadros ó restaurando otros, por comezon por comer, con acierto tal y tal fortuna que le valieron la nota de hábil restaurador y de distinguido copista, pasaba entre cierto agrio y dulce su residencia en Madrid. Mas ¡Padró restaurador! ¡Padró paciente copista! Cuál debía ser su estrechez, y su cortedad de medios para sujetar su ingenio á esos pacientes oficios! Y, con todo y ese vivir, vivía ancho y con soltura en medio de su estrechez, por su agilidad de espíritu y su conformidad de artista.

Así era que sujeto á una existencia modesta tenía tiempo y aliento sobrado para dar suelta á su espíritu y componer preciosos cuadros, como el de la *Sala de una Estación antes de partir el tren*, que le valió el ser premiado en la Exposición de pinturas de 1862, ó como el de *Un ajusticiado*, que por encontrados sucesos solo pudo comenzar. Lleno aquel de impresiones brillantes y de sentimientos vivos, destello de su

alma amable, cariñosa y fraternal; eco de sus sentimientos y de su situación de espatriado; cuajado de bellezas de expresión, de movimiento y vida— aunque cuadro de costumbres — de felices rasgos de ingenio y de expansiones simpáticas, mereció el justo premio con que le honró el jurado, y tras la ovación del público, el ser desde luego adquirido para el Ministerio de Fomento por el precio del catálogo. Y, es el lienzo del *Ajusticiado*, un exbozo á grandes manchas, de fatídica poesía, en que á vueltas de episodios gráficos y llenos de verdad, inspirados de un cuadro real, hay un concepto impidente de lo tétrico del suceso. Porque poeta é inspirado estuvo al trazar las vagas sombras y los indecisos grupos del concurso de curiosos que vuelven de aquel espectáculo, bajo las brumas del cielo, los remolinos del polvo y el recio azote del viento, y al fijar aun más en vago, la tétrica silueta, erguida en último término, del escueto ahorcado. Son, el uno un desahogo, y el otro una protesta de genio: eran dos cuadros de costumbres, serán dos asuntos de género; pero tienen el alma y estro, y la novedad artística de nuestro osado pintor. Innovador fué con ello, y acercó á la alta pintura los cuadros del mundo real. Y ahí empieza la segunda etapa de nuestro joven artista, y la faz segunda y la más típica de su concepción é ingenio.

Y cuando holgaba su espíritu en lo esterior del taller, hallaba su humor placentero ocasión y motivo incesante de retratar con su lápiz al Madrid de baja estofa, y á la gente de bajo sueldo, que menudean en la Villa. Y los truhanes, los gitanos, los gallegos, los toreros, las mozas de rompe y rasga, ó alguna olvidada manola de Lavapiés ó del Rastro, los aspirantes á ministros y el fondo de los cafés, de la Perla ó de Levante, tenían para su ingenio un privilegio especial. Felices momentos pasaba apuntando sus arengas, é inspirando sus dibujos en la sempiterna charla, y, cual nuestro sin segundo Goya, hallaba en la gente menuda estudio para ese ingenio y vena para su lápiz. Y en el Madrid vasto, inmenso, en su confusa trama; en el Prado, la Castellana ó el Retiro; en S. Isidro y la Florida, en sus cercanías amenas, en los oasis de sus yermos, en Aranjuez ó en el Pardo, un estímulo constante y aliciente pintoresco.

En Madrid hubo, en fin, sus amigos, y un núcleo de artistas en cierre, de dibujantes fáciles, de ilustradores cólegas que hacían sus goces de artista. Con Mugica, Capuz, Perea ó Rico; con Zamacois, Sanz, Dominguez ó Ferrandiz, hacia intimidad ó simpatías; y ligaba estrechos lazos — que solo rompió la muerte — con sus íntimos catalanes, escultores y pintores, jóvenes como él entonces, y más tarde profesores ó distinguidos artistas. Tenía á la sazon 23 años. Más de una ojeada avizor daba en los años posteriores al Madrid de sus encantos, y más de una verde ilusión se abría á sus esperanzas. ¡Quién sabe si allí pudo hallar otros momentos felices!

En 1863 dejó de nuevo Madrid y regresó á Barcelona. Venía con aliento entero y armado de todas armas: tenía en mente la guia y doctrinas de cinco importantes maestros, desde el típico Campeny hasta el donoso Madrazo; y por obra de cada uno, otro sello original y un modo de ver en arte, pues Lorenzale, Milá y Ribera tenían aspectos distintos, aunque en el fondo parecidos, de Madrazo y de Campeny. Había por ellos el eclecticismo propio del pintor moderno, y mil matices variados por el sin número de maestros de nuestros museos de pinturas, desde Mantegna á Pablo Potter. Solo le faltaba un campo en que lucir su destreza.

Y ese campo le tenía. Eran dos concursos artísticos de Barcelona y Madrid anunciados previamente para pensionado en la Corte, y para estudiar en Roma. Pensó desde luego en los dos — pues para los dos tenía espíritu —, más ca-

ducaba el de Roma cuando se hubo apercibido, y optó por el de Madrid. Colmaba sus esperanzas, y le volvía á sus ilusiones, y ¡oh fortuna! no tenía competidor, y su instancia era la única. Pero, una cruel fatalidad vino á entibiar su ilusión. Uno de sus amigos íntimos, que no creía aspirante, concurrecía á última hora. ¿Podía Padró contrariarle, ni competir con él? Su cariño lo impedía, y su impresionable espíritu podia más que su afan de artista; y para no herir al amigo abandonó su propósito. ¿Quién le hubiera imitado?.... Pues así era Padró. Lleno de cierta altivez, sin vacilacion ni duda, manifestó á su familia que entre el goce de la pension ó el goce de la amistad, optaba por este último. — Y es otro secreto íntimo que revelar á otro amigo.

Fijo ya en Barcelona como sitio de sus reales, junto á su hermano y á su anciano padre, que adoraba entrañablemente, comenzó su vida activa, y su período brillante. Con otros dos pintores jóvenes abrió en la ciudad su taller, dedicándose á estudios serios, y á trabajos de artista en su estension variada. Y, como que nacia á la sazon aficion á la lectura, y á las obras ilustradas, y un negocio editorial, aprovechó la coyuntura, seguro de ser, cual otro artista, un ilustrador de nota. Desde entonces data su comezon incansable, que devoró su vida, y aquilató su ingenio.

En 1866 hizo un viaje á Monserrat, con un conocido fotógrafo — el Sr. Martí y Cantó — recorriendo sus asperezas y sus interesantes cuevas, durante tres activos días. El recuerdo de esa excursion le guardó entre sus apuntes, y está más vivamente pintado en dos impresiones de viaje, en dos curiosos lienzos al óleo, ornato de su taller. Y ese hecho le dió aliento para seguir sus tareas.

En el siguiente año de 1867 llevó á cabo otro viaje de estudio á París, con motivo de la Exposición, que con carácter de Universal se celebró en aquel año, encargándose un editor, que, con un conocido escritor, el Sr. D. José Orellana, ilustrara un curioso libro de aquel concurso francés. Pasó con su hermano á Londres, cuyo interés artístico le parecía menor — por mucho que fuera grande el de sus clásicas esculturitas —, y cuyos caractéres y tipos convenian á su vena y lápiz. Durante su estancia en París trabó afectuosas relaciones con importantes artistas de la nación vecina, entre ellos con el señor Worms, pintor é ilustrador de nota de las páginas de *L' Ilustration*, quien prodigó elogios entusiastas á sus apuntes de pintor.

Recabado á sus tareas dió á luz entre muchos dibujos, los Apuntes de la Exposición, y en sus ocios de ilustrador, hacia cuadros y retratos, y otros trabajos importantes. De 1867 es el ya conocido retrato de una de las Abadesas del Convento de San Juan de Jerusalén, que pintó con interés, y que le valió sumo elogio; y de 1867 á 1868 son sus dibujos de vidrieras pintadas, que fabricaba en Barcelona el Sr. Amigó. Esas vidrieras de colores, entre las que deben señalarse las que ornan el ábside gótico de nuestra Señora del Pino, y el panteón de Permanyer, forman importante trabajo, que distinguió á su autor por su atinado concepto y su grandioso dibujo, correcto y simple á la par. Son, como género nuevo, bello fruto de su talento.

En Mayo de 1868 hizo otro importante viaje por el mediodía de Francia, acompañando á los provenzales que vinieron á Barcelona con ocasión de las fiestas de la poesía catalana. Iba entonces comisionado por la *Ilustración Española*, y en las páginas de ese periódico, y de otros extranjeros, dejó memoria de su paso. Nimes, la romana Nimes, con sus edificios antiguos, su bella *maison Carrée*, su templo dicho de Diana, los restos de sus Arenas, sus fuentes y sus mosaicos; Arlés, con las importantes ruinas de su anfiteatro y sus tem-

plos, y su abundante museo, rico en objetos antiguos; Avignon, con su vasto museo, digno de una capital de Europa, eran para nuestro artista un emporio nuevo de arte, y una revelacion. En Bocaire compartió el entusiasmo con los comensales de Roumieux, y en un arranque de ese entusiasmo, dibujó á Provenza y Cataluña pintorescamente unidas por los símbolos de las dos comarcas, y en una alegoría viviente con tipos de los dos países — de que aun nos queda fotografía — que apuntó en diestros rasgos en el album de la hija del anfitrion poeta. Y de su visita á Bocaire nos dejó otros recuerdos en las páginas de su propio álbum, y en las de la *Ilustracion Española*, con la copia del panteon de la malograda poetisa María Antonieta Riviero, ó Antonieta de Bocaire. De Mellana nos guardó su visita á la casa de Mistral, donde el inspirado autor de *Mireya, la gentil zagal de las Almezas*, le encomió la satisfaccion con que veria ilustrada su deliciosa obra por el lápiz de Padró, y le proporcionó datos y trajes de graciosas provenzalas y de provenzales gallardos, que recogió el pintor para obsequiar al poeta. De Saint-Rémi, patria y estancia de Roumanille, nos legó un sin número de apuntes de las fiestas oficiales, con que en galante desquite se obsequió á los catalanes; de la comida oficial; de la entrada y corrida de los toros de la Camarga, «salvajes, negros y bravos, y renombrados por doquier», como los pintó Mistral; y de ese mismo Saint-Rémi nos copió las notables *antigüedades*, y su precioso Cenotafio, en apuntes que remitió al *Monde Illustré*, é interesantes apuntes de la iglesia de San Francisco. Y en su paso hacia Marsella recorrió la vasta Crau, fugitiva por varios lados, entre el Ródano y sus estanques, entre las montañas y sus páramos, y aquella Granja, hecha histórica por aurea pluma de Provenza, llamada Granja de Crau, donde diz que allí nacieron de la mente del poeta los deliciosos tipos de Vicente y de Mireya. En Marsella, en la vasta Marsella, remontó, en fin, la vista á la tierra prometida de la poesía provenzal, la hermana de Cataluña; y sintió desde su puerto, al través del vasto golfo, y viajando entre la onda oscura, los catalanes ecos.

De ese viaje con los *felibres* nos dejó un album precioso, con interesantes detalles; láminas importantes, que cubren curiosos cuadros; rasgos, tipos y escenas locales, que fijó su expresivo lápiz, tras los hechos importantes con que fueron obsequiados los poetas del Principado; y al lado de los presentes de los cumplidos — como los retratos de Roumieux, Roumanille, Mistral y Bonaparte Wyse; y de algunas fotografías de monumentos locales, cual los relieves de la *Tour-mauy*, en la romana Nimes —, un sin número de autógrafos, y de simpáticas frases de aquellos *felibres* corteses, tan poetas como expresivos, y tan entusiastas como patriotas. Gratos recuerdos de Provenza, que tenía siempre á la vista.

Mas, llega á poco la Revolucion de 1868; y aquí comienza el período álgido del dibujante y del ilustrador. Y no fué por ser un adepto, ni ménos un preparador de aquel recordable suceso, sino por la soltura de su lápiz, y su aguda fantasia. La revolucion de Setiembre, que impresionó su espíritu y que aguzó su ingenio, le robó sus momentos más preciosos para el arte, con que se hubiera crecido, y torció — cual otras cosas — el nervio de su existencia. El campo que le ofreció, como diario ilustrador, y como lápiz caustico, vedó á su ingenio un vasto campo, y al cuerpo su virilidad. Hízole popular; mas ocultó su grandeza! Y dejemos el suceso.

En 1869, cuando se abrió á concurso la clase de dibujo de la escuela de sordo-mudos, concurrió Padró á esa lid, y, tras brillantes ejercicios, fué nombrado profesor. Durante los seis años siguientes desempeñó esa plaza, hasta que hubo de renunciarla, en 1875, por exceso de trabajo.

Y era trabajo excesivo, pues para atender sus encargos y sus muchas ilustraciones de libros y periódicos, de la *Ilustracion Española*, de la *Ilustracion Universal*, de la *Ilustracion Francesa*, del *Monde Illustré*, del *Graphic*, y la *Ilustracion de Leipzig Der Ilustrated Systung*; para dar brillantes cuadros de hábil caricaturista; de escenas y retratos políticos — que con perdon de la *claque*, matan el patriotismo, y crean el escepticismo de los hombres y las cosas, en politica y en creencias —; error de los tiempos modernos! — como el árbol que crece sin castigar su copa, ni sus intrincadas ramas, ni su follaje tupido, perdiendo su esbeltez y su sabia, por el peso de sus frutos y la balumba de sus hojas y de sus abundosas ramas, gastó Padró en apariencias las mas productivas sábias, y de un árbol vividero sintió desgajar las ramas, y aterrido el viril tronco, por el gigantesco peso, que hasta llegó á descuajarse. Padró ocupaba entero el dia en sus tareas de ilustrador; buscaba y tenía á sueldo amigos que cooperaban á su obra, y no dándole abasto el dia, pasaba las noches de claro en claro desenvolviendo en vastas planas sus vigorosos conceptos y sus caricaturas grandiosas. Y, así nacieron aquellos cuadros, siempre variados y nuevos, vivero de pensamientos, raudal de inspiracion y chispa, animados y movidos, de asombrosas caricaturas, goces de nacionales y admiracion de extranjeros, del periódico «*La Flaca*.» ¿Y, como nacian los demás de su período satírico, que empieza en 1869 y acaba, su actividad en 1877?... Casi cabe remordimiento en haber gozado ó reido, en haber esparcido el espíritu á costa de su existencia!

Pero como la suya era ágil, y rápida cual golondrina, y tenia ingenio y espíritu para todas las empresas, en medio de su impaciencia, y bajo el constante látigo, que le forzaba al trabajo, se rodeaba del cariño, y mirando algo más lejos, y con corazon más alto, buscaba en el amor su aliento, y en una elegida muchacha sus encantos y sus esperanzas. Era hombre y sentía el alma, era jóven y había sus latidos del corazon que seduce. Mas, como viven esos latidos, y vendan los ojos del Amor negra gasa de luto callemos aquellos hechizos, aquellos arroboes de nuestro artista y del verde enamorado. Digamos que tambien casó en 1870, y que en el mes de setiembre, al asomo del invierno, trocó una blanca corona de azucenas delicadas, por otra corona de rosas. Digamos asimismo que de aquel enlace nació un ángel, que volvió muy luego al cielo en 1872, marchitando mas de un bello pensamiento de otro vergel de esperanzas; y que vinieron al mundo otros dos — Antonio y Caridad — nombre que fija nuestra mente — que ni sienten el vacío, ni lloran las ausencias, ni comprenden el dolor, porque son ángeles, y en quienes el corazon de Padró dejó las huellas de su cariño, y la memoria de su imagen.

Padró casado, vió un mundo nuevo de actividad y de esperanzas; pero tambien de agujones, que el deber lleva consigo. Casi á raiz de su enlace, y cuando casó su hermano, buscó á su padre el sosiego, cerrándole su taller, reduciéndole gratamente al cariño de su esposa, ligándole al suyo propio, y habilitando para su holgura una casita vecina de la ciudad de sus labores, de S. Feliu de Llobregat, y propia de la familia, donde con los mejores recuerdos del taller del escultor, y los más importantes yesos, y bocetos de Campeny, hacia á su padre grato aquel confortable retiro, aquel sosiego que encomiaba á la manera de Leon:

Dichoso el humilde estado  
del sabio que se retira

• • • • •  
y con pobre mesa y casa  
en el campo deleitoso

con solo Dios se compasa,  
y á solas su vida pasa,  
ni envidioso, ni envidioso.

Y, para atender al cariño y al cuidado de su padre, y al goce de su familia, agujoneó su espíritu, y el fogoso corcel de su ingenio, no con espuela de ayuda, sino con hierro de castigo. Las heridas se vieron siempre, sin cicatrizarse nunca. Lanzado en esa carrera, espoleándole sin cesar, produjo su infatigable aliento siempre crecientes encargos, que su talento le atraía, y un sinnúmero de hojas de papel, que el calor de la revolución producía, y el espíritu popular satírico, y la frivolidad apasionada, devoraban diariamente. En esta obra gastó un caudal de inmensa vitalidad—que diera nombre á otras varias—y otro caudal de porvenir, sin hallar más recompensa que el óbolo cotidiano para el lustre de su familia y el goce del corazón. Doce ó quince periódicos nacidos de entonces á hoy, escritos como la hoja diaria, sin cesar y para el día, sin tener tal vez *un mañana*, ni gozarse en *un ayer*, que su lápiz dibujaba á grandes trazos—como la improvisación caliente, animada, pero indecisa, impresionable del periodista,—y entregadas diariamente á la prensa sin espera, formarán sin duda alguna, la obra más colosal de nuestros ilustradores, y un tesoro inagotable de imaginación fecunda. Son un prodigo, un paseo, y envuelven por sí solos una existencia.

Ventura fué, sin embargo, que á distancias se presentó algún suceso, que renovó de cuando en cuando la vida de su cuerpo y de su espíritu. La venida á España de un príncipe extranjero, por ejemplo, fué uno de esos sucesos. Padró fué nombrado en 1870 por la *Ilustración Española*, comisionado especial para noticiar los espectáculos, á que iba á dar lugar el arribo D. Amadeo de Saboya á Cartagena; y acompañó al poco afortunado Rey á la Corte, dando al periódico ilustrado de que era corresponsal, apuntes y dibujos de los espectáculos y festejos tributados al advenedizo monarca. En el tránsito de ese viaje hizo también curiosos croquis, é improvisaciones de artista de los tipos del reino de Valencia, y de los pueblos por donde cruzó, que son primores de su lápiz, y, algunos, por su cuadratura admirable, los más sueltos ejemplos de la geometría aplicada á figura humana y al hombre en su movimiento y vida. Y, cuando ya en Madrid, aprovechó su encargo, para dar con él algún importante recuerdo, como el de la visita del príncipe de la Casa de Saboya, al cuerpo muerto de su patrocinador más distinguido, el del general D. Juan Prim, que por dibujo de nuestro artista publicó el *Monde Illustré*.

Y, en ese mismo año de 1870, hizo otra excursión refrigeradora, que nos retrae uno de sus álbums, la cual aunque menos importante que la anterior para su reputación artística, lo fué mucho sin embargo para rehabilitar su vida, y ejercitarse su lápiz. Fué una excursión veraniega á Viladrau, S. Hilario y á las vertientes é inmediaciones del Monseny, donde con asombro de aquellas rústicas gentes, que veían algo sobrehumano en su facilidad prodigiosa, y hasta con encanto nuestro, llenó un importante libro de curiosísimos detalles y de pintorescos cuadros é impresiones de paisajes, llenos de belleza y poesía, verdad y sentimiento esquisito de la naturaleza que copiaba: hay detalles verdaderamente notables y pruebas de facilidad que rayan en lo ideal.

El afán del trabajo diario se renovaba empero tras esos momentos de holgura y de higiene de su espíritu, á la par que de su cuerpo, y al compás de aquel afán, crecían de más en más los encargos cotidianos. Solo la feracidad de su concepción, y la rapidez de su mano, podían dar cabo á sus tareas. Y, como entremés de su vida, y de sus ocupaciones forzosas nacíanle de cuando en cuando otros atareadores en-

cargos—aunque para él honrosos—como el de regentar la clase de *Antiguo y natural en dibujo*, de la escuela de la Lonja, que ejerció en 1870 y 1871; ó como la de instituir otra clase en la Casa de Caridad de su ciudad nativa en 1873, ocupándose uno y otra momentos preciosos de su existencia. Dando de mano á la última, proyectó y dirigió el retablo principal de la Capilla de la misma casa de Caridad y Beneficencia.

Como obra menuda de su lápiz pululaban bajo el suyo, y sin milagro ninguno, siempre nuevos libros ilustrados, de los más variados temas y mas opuestos asuntos, como la *Historia de Méjico*; *Los hijos del Trabajo*; *El mundo riendo, de Robert*; *La colección de fábulas de los Sres. Montaner*; *Los mandamientos de la Ley de Dios*; *Los pecados capitales*; *Las Virgenes milagrosas de los santuarios de España*; *el Teatro selecto, antiguo y moderno*; *La Historia de la Guerra de Independencia*; *La Historia de la Revolución de setiembre*; *La Historia y vida de D. Juan Prim*; novelas como las tituladas: *La ambición en la mujer*, *La conciencia etc.*, ó como *Lo Rector de Vallfogona* y *La Dida*, de que tomamos algún dibujo; ó clásicas como el *Gil Blás*; elegantes como el *Zapatero y el Rey de Zorrilla*; muchísimas otras obras, cual las que forman parte de la colección de *La Maravilla*; ó como la titulada *Grá y palla*, como *Las Poesías Catalanas* de D. Federico Soler, de donde es el grueso de nuestros grabados, como la linda colección de *Virgenes* en acero publicadas por Pena y Sacanell; amen de arreglos importantes, como en las *Obras* de Julio Verne, ó de partes de algunas otras, como la interesante portada de la *Historia Natural* de Montaner y Simon. Los intermedios de esas tareas serias y de aliento están cubiertas por un verdadero mosaico de infinitos matices que forman, las láminas sueltas, los prospectos importantes, las tarjetas de aspecto artístico, los retratos de ingenios de nota ó de celebridades públicas, las imágenes de santos, las leyendas, los cuentos, los almanaques, los calendarios, las aleluyas, que es imposible recordar, y que demuestran siempre, en medio de su variedad, el ingenio más fecundo y el más flexible y ductil.

La más importante de esas publicaciones, es la grandiosa preparación y colosal empresa de la *Ilustración de la Historia de España* de D. Modesto Lafuente, que publican en nuestra ciudad los Srs. Montaner y Simon—y que nuestra cubierta recuerda,—y para la que hizo ya, en 1875, un importantísimo viaje á Sevilla, Granada, Córdoba y otros puntos de Andalucía, á Madrid, Toledo, y el Escorial; que repitió á últimos de 1876, meses antes de morir, visitando de nuevo Madrid, el Escorial y Toledo. De esa tarea importante de Padró, tienen sin duda noticia nuestros lectores que conocen la edición espléndida de nuestra Historia de España, y que la juzgarán sin duda empresa sorprendente y magnífica, y monumento póstumo, á la memoria de aquel ingenio, y que revela á las claras lo que hubiera llegado á ser como artista de esta clase; su conciencia y claro gusto; lo nuevo y vasto de sus noticias, ó de su erudición artística, y de su ilustración distinguida; sin rival en nuestra patria entre los dibujantes de nota; sin cólega que le imite ni ingenio que le mejore. Pero, lo que compite en mérito con esos apuntes históricos, son los croquis, que el dibujante hacía en los ocios de los dos viajes, y que guarda su familia en dos importantes cuadernos llenos de primores de su mano, que aunque no se rozan en ningún modo con el objeto de sus excursiones, forman el más delicioso núcleo de apuntes, el más sabroso acopio de sus tipos, ideas y recuerdos chispeantes de su lápiz encantador, que entretenido admira, y por pasatiempo asombra. Son hojas que entrañan un tesoro de imágenes y de memorias íntimas, y de preciosidades ignotas, venero de inapreciable valor, don-

de sorprende el artista, algo más que á un dibujante, un perseguidor incansable, y casi un adivinador, de la vida y de la expresión, del movimiento y del carácter. Hay que verla para sentirla y entenderla para juzgarla aquella innata facilidad.

Era el período más brillante de la vida de Padró; pero el más infortunado, pues amagaban duros golpes á su existencia agitada; era el período en que su anciano padre casi en edad septagenaria, sentía el peso de la vida con la flojedad de los años; y cuando gozando las dulzuras de tranquilidad angelical, y el goce del porvenir con esperanzas de sus hijos, pasó como en un sueño de ángeles, brevemente turbado por los dolores del justo, á gozar eternamente la paz de los bienaventurados. ¡ Golpe horrible para Tomás, nunca por él creido, que veló con dolor sublime su ya corta existencia! Desde el dia 6 de agosto de 1876 en que perdió su padre no volvió á alumbrar su espíritu aquel frescor de su alma; sintió el nublado que ocultaba una tempestad vecina.

Y, ya al asomo de esta sin dar tregua á su espíritu, ni buscar paz á su mano, vendida cara su salud, luchando entre la enfermedad y la vida, hacia sus dibujos póstumos, y se cubría de encargos que no había de ver cumplidos. Cuéntanse entre sus tareas de entonces, que hacían par con las de la *Historia de España*, las de una brillante portada de la *Flora Filipina*, las de diferentes retratos de literatos y artistas, las de importantes ilustraciones de una novedad literaria de otro escritor de nota, periodista y publicista, que juzga una agreste y vírgen porción de España, las Vascongadas y Navarra, y amen de otros trabajos, que quedan mas incompletos, la parte de autógrafos y calcados del libro *Antonio Viladomat*, que imprime el autor de este artículo. Copiando uno de esos autógrafos y el retrato del gran pintor le sorprendió lo muerte, y como si quisiera darnos entre sus posteros recuerdos el mejor de sus recuerdos, hizo su última memoria de la efigie del pintor. Singular casualidad, que aproximó así á dos muertos, á dos importantes artistas, á dos artistas catalanes, barceloneses por más señas, á dos dibujantes de chispa: al dibujante atrevido y al viejo pintor catalán. Que Dios aproxime su espíritu, en la tierra aproximado por el gusto y por el arte!

Resta mencionar por fin, entre sus tareas notables del último período, los cuadros del Instituto de la ciudad de Figueras; el encargo que se le hizo por el Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Barcelona de dirigir el monumento que conmemoraba la paz en la plaza de este nombre, y con motivo de las fiestas que por la paz tenían lugar, tras la última lucha civil; el premio del segundo concurso de la *Ilustración Española* que se otorgó á Padró por su importante dibujo *D. Alfonso es la Paz*; y el grandioso boceto que con don Antonio Caba optó al premio de nuestra Diputación provincial anunciado á concurso público, y cuyo tema es *la Paz*: obra de grandioso aliento, de estudio serio y maduro, de selectos pensamientos, grupos y composiciones, y en que se siente á Padró, en la parte que les cupo, á la altura de un maestro. Y ahí nos quedan sus dibujos y detalles admirables, estudios sobre papel, que revelan en su ingenio, lo que el público ignoraba: que era para lo clásico, y para sentir lo antiguo como el más correcto pintor; para lo vasto y lo grandioso de la pintura al óleo, ó de la pintura á fresco como un moderno aleman. Y, esas empresas magistrales fueron como el canto del cisne, el mágico canto de su ingenio, que se durmió después. Tenía treinta y siete años... Con ese verdor murió. — Era el 16 de abril de 1877.

El resumen de su humano temple y de sus cualidades artísticas, nos dice que era adorable el frescor de su carácter, su amabilidad y modo grato, su ductilidad de espíritu, su sinceridad con todos, su lealtad en todos sus actos, y aquel saber

deshacerse hasta de sus mismos elementos, del fruto de su trabajo, para complacer á un extraño ó ligar al último amigo. — ¡ Cuántas veces careciendo de esos mismos elementos los cedia voluntario, temeroso de que exigiéndolos pudiese gravar á alguno, ó privarle de sus recursos! —: así era su abnegación. Y su corazón flexible se doblaba suavemente al asomo de un sufrimiento, al amago de una necesidad; para servir á un artista ó para tomar viva parte en las cuitas de los demás ¡ como si él, no hubiera cuitas!... Así era su corazón. Y su inteligencia de temple era un talento claro, rápido y de gran alcance, como que creyéndose ignorante, por arranques de modestia, era lince por demás. Su prodigiosa memoria era otra joya estimable, pues como memoria de detalles retenía un arsenal de los más raros elementos y de noticias opuestas; y como memoria plástica, como memoria artística, reproducía fielmente de una sola mirada, y fotografiaba detalles con esa máquina de su espíritu, que era máquina instantánea. A juzgar á Tomás Padró por sus elementos científicos, se le juzaría modesto; mas al ver como entendía, penetraba ó adivinaba los más variados asuntos que le servían de tema para sus obras ilustradas, y hasta para libros científicos, se le creería preparado con ciertos sabios estudios. Y por su sentimiento artístico, su comprensión selecta y su juicio atinado de la música y la poesía, de la literatura escénica, ó de los otros aspectos de la prosa y la poesía, era un criterio justo y tenía prescencia admirable: parecía que adivinaba.

En sus ideas artísticas estaba á inmensa altura, y tenía tan buen sentido y mirada tan levantada, que era difícil superarle: nunca ni una exageración de escuela; ni un átomo de pasión, hubo en su serena mirada. Era ecléctico por espíritu, y ecléctico por educación, y en todos los géneros de arte — y podríamos decir también, en el completo de su espíritu — y en todos los autores distintos, en todos los períodos de la historia hallaba aliciente y bellezas ó cualidades estimables, y separaba lo bueno de lo erróneo ó amanerado. Grecia, Roma, Egipto, la edad media, el arte árabe y el renaciente, el caracolado barroco, tenían para él, su sentido, y enseñaban sus bellas prendas — á las veces imponentes, — que la parcialidad de *escuela* ha oscurecido á veces. Hasta en la decadencia decrepita de á últimos del siglo pasado, y comienzos del actual, encontraba á los maestros y sorprendía su atrevimiento. Porque al través de las formas de arte hallaba osados conceptos. Y ese espíritu de artista ecléctico, se descubría en su taller, ó en lo interior de su casa, — vasto taller toda ella — donde los colosos de Ibsambul, y las vastas siluetas de Egipto, se hallaban junto al aticismo griego; y el ideal rafaelesco junto al realista moderno, pues todo eran para su espíritu, faces distintas del espíritu, rasgos varios del ingenio, ó múltiples aspectos del mundo vivo, de la historia y de la vida humana, y reflejos de lo infinito. Un mundo tenía en su taller, y en su vasto entendimiento, giraba también otro mundo. ¡ Qué error fué el creerle *absoluto*, como algunos le creyeron! ¡ Qué error en juzgarle ligado, — espiritualista é ideal, — al árido materialismo!

Y como artista en acción se le vió siempre con ese espíritu, y con aquel gusto ecléctico; por manera que así pensaba un bello asunto de género, ideal ó espiritual por ser arranque del alma, por el estro que revelaba, como meditaba un cuadro en que lucía la alegoría, ó la belleza clásica, ó la edad media romántica, cuando no la edad heróica; y así se elevaba al sublime á las formas más aéreas, como tocaba delicado las formas acicaladas, ó descendía gozoso á la vida de lo vulgar — solo por lo chocante — con rasgos de pintor realista; porque de quiera miraba, veía el sello característico, el verdadero típico, que como miel de las flores libaba también su in-

genio. Así era caricaturista con aquella expresión y aquel carácter, desequilibrio del carácter por viveza de la expresión, que hace los grandes caricaturistas. Sus caricaturas hablan, y en medio de sus desequilibrios tienen la verdad, la vida, y la expresión atrayente. Y, esta cualidad de Padró manó de su espíritu observador y apegado á lo chocante, que perseguía sin descanso, á lo típico y característico, siquiera fuese ridículo. Nada le hacia más feliz que es observar un rasgo, un gesto, ó una impresión ridícula, ó una exageración de las formas, de la vida, de la expresión, ó la desproporción humana, corporal ó del espíritu. Como si en él hubiera dos seres, se le veía comunmente, como en dos atenciones distintas: en la que le era principal y en las que nacia de un accidente, ó un pasajero momento, ó una impresión intensa; y como si hubiera dobles sentidos, tenía siempre ojo avizor para fijarse en algo de efecto transitorio ó de advenedizo objeto. Y esa notable cualidad, esa impresionabilidad de artista, era tan marcada en él, que le hacia interrumpir á veces un asunto, ó una conversación, para fijarse y gozarse en algo que le impresionaba; que le hacia sonreír, ó le arrancaba una carcajada, ó un comentario picante, al par que una imagen real.

Fecundo é inagotable en concebir ideas, sobre todo ideas artísticas, era un improvisador de fecundidad asombrosa. A la primera impresión formulaba sus conceptos, y tras estos otras cien, con pasmo de cuantos lo veían; y como si fuera una misma cosa el concebir y el realizar, como si la imagen artística naciera gráfica de su mente, fijaba con su diestro lápiz, con la misma rapidez, ese cúmulo de impresiones, á cual más encantadora, más original y más propia. Dibujaba con tal prontitud, que seguía su imaginación como por obra de máquina; y cual si jugara en el papel, ó moviera la mano al acaso, nacían de la punta de su lápiz, y al través de encontrados rasgos, de borrones indecifrables y de logografos en líneas, los más expresivos dibujos. Hacia suyos los estilos de cuantos maestros veía, y los remedaba tan hábilmente, los emulaba con tanto arte, que se confundía con ellos. Grenville, Gavarní; Bertall, Joannot, Philippoteau y hasta Doré (en pequeño), se hubieran creído copiados; Overbeck, Kaulbach, Delaroche....., hubiera visto en él, los rasgos de sus producciones; y, ya al final de su carrera, el sorprendente Neuville, con quien tenía Padró semejanzas extraordinarias, hacia sus delicias de dibujante, con sus mágicos borrones, ó sus sorprendentes cuadros y sus escenas militares. En él se sentía nuestro artista, con su natural vigor, y á haber vivido más tiempo, hubiéramos en él admirado, al Neuville de nuestra patria. ¡Qué seducción inmensa, que impresión infinita, dejó Neuville en su espíritu!

Nada diremos del dibujante, que era correcto, grandioso, ático, movido, elegante y lleno de pasión vivísima, de sentimiento delicado, segun los asuntos de sus cuadros, y los conceptos de sus dibujos; nada del compositor, que fué hábil y maestro, suelto al par que natural; nada del colorista que tenía toques magníficos y mágicos efectos—aunque no fué colorista—; pero en cambio diremos de él que era tan *concienciado* en todo—en los cuadros y en los dibujos—que no acometió encargo, sin meditaciones serias, sin comparaciones multiples, sin cotejo de obras y autores, y que tras esa *conciencia artística*—que sus clientes ignoran—, consumió cuanto obtenía como fruto de su trabajo y por honorarios de sus obras: y que por esa virtud, por ese pundonor de artista, murrió anheloso y pobre.

Padró pobre! ¿quién lo habría dicho, al verle colmado de encargos, y cubierto de afán artístico? tan honrado y tan mo-

desto, por lo que hacia á su persona, tan ajeno al bullicio, y del vicio tan alejado? Mas recuérdense sus dos virtudes, su desprendimiento compasivo, y sus estímulos de dibujante; su pundonor de artista, y de artista aplicado, y se comprenderá muy luego, que, tras su virtud, se iba el fruto, y tras su corazón la cizna que consumía ese fruto. Los libros para su estudio, con que honraba á sus clientes devorarian dos peculiares como el que pudo tener, y las librazas *in mente*, ó sin protesto del portador, no tiene cuenta de resaca. Padró no era un negociante, no era un mercader de ingenio, era un corazón de artista, y su pobreza hidalgua valía bien otras riquezas.

En su alma levantada tenían solo acogida los ideales humanos, y los sentimientos altos: la admiración al pasado por la grandeza que tuvo; el apego á los monumentos signos de esa grandeza; la idolatría al presente, hasta al presente que seduce con sus elocubraciones y sus fantasmas, y las ilusiones y esperanzas por un porvenir de progreso—ideal que fascina al ingenio, con sus colores poéticos—, de civilización y libertad. Y libertad hemos dicho. Padró tenía un alma liberal, una aspiración liberal, elástica, indefinida—como sus inspiraciones de arte—; más por pasión que por creencia, porque era un corazón de artista, y sentía horror á la opresión, como la sentía al vacío, y porque también tenía alas quería campo y vasta plaza donde levantar el espíritu, llevado por el raudo vuelo de la inspiración y del genio. Y Padró era un creyente, un católico sincero, un cristiano de corazón, y si pareció indeciso en sus prácticas de artista, y si se le inculparon deslices de la punta aguda de su lápiz—¡quién no los ha cometido! quién no ha sentido su época, ó no vivió con su siglo!—, se le censuran sin duda, porque fija de bullo el arte con la redondez de las líneas; mas no tuvo perversión, ni hubo hiel, ni cupo vicio en su corazón de niño, siempre ingenuo y angelical. Y, los que le creyeron escéptico, ó le achacan impiedad, recuerden, que al morir su padre cubierto por las ternezas y las lágrimas de sus hijos, exclamaba al pie del lecho del aterido anciano, tras su último suspiro: «¡Padre mío, ya no existes! ¡Ya voló tu alma al cielo!... ¡y allí está «rás con mi madre!!...» Son palabras de Padró que creía en la Eternidad, y en la religión de sus padres.

Mas, decimos la Eternidad, y á ella hizo via nuestro artista; y contraste singular y coincidencia azaz rara: la escalera, la casa misma del colegio de su infancia que tantas veces subió ameno y entretenido, sin prever su porvenir, fué la que le vió bajar cubierto de flores y coronas y de los postres lauros del espíritu que allí creció: la casa de sus amores y de sus verdores galantes, fué la que le vió partir con aspecto más sombrío; el taller de sus estudios, tapizado de sus imágenes y alfombrado de sus conceptos, fué la antecámara de luto y del numeroso duelo que formó su posterior cortejo.

Y, hacia meses apenas, que el árbol de su familia tenía aun tres verdes ramas, y tres brazos aproximados, que le daban con su aspecto, atractivo aliciente. Un día la seguir cortante del incansable leñador endió con sacudida ruda la rama central de las tres, y desapareció la de su padre: otro día nuevos golpes asentados á otra rama, que se erguía lateral, dió tierra á su lozanía y perdimos á Tomás; y hoy, aislada sobre ese tronco, solo permanece en él, con su brillante verdor, y oreada por el ambiente de suaves esperanzas, la más jóven de las tres ramas. ¡Quiera Dios que en crecimiento, pueda su verdor y esbeltez sombrear la huella de las otras dos!

J. Fontanals del Castillo.

Junio de 1877.



DIPUTACIÓN PROVINCIAL  
DE BARCELONA

BIBLIOTECA CENTRAL

Reg. 405515

Sig. 15 (Padro)

R. 405. 515

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats

DIBUJOS DE T. PADRÓ.



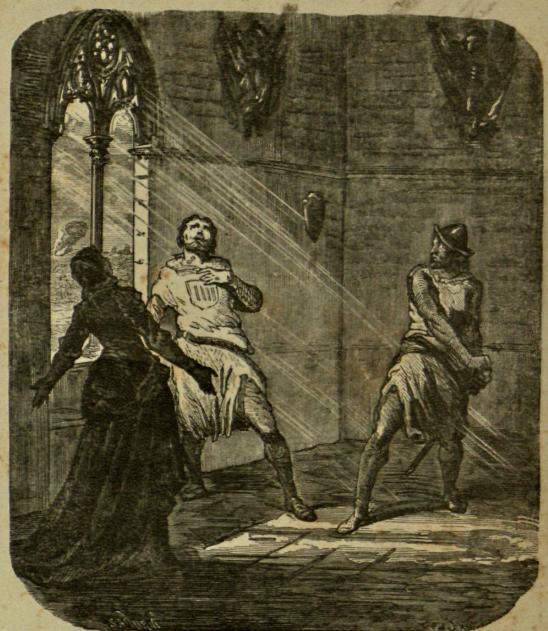
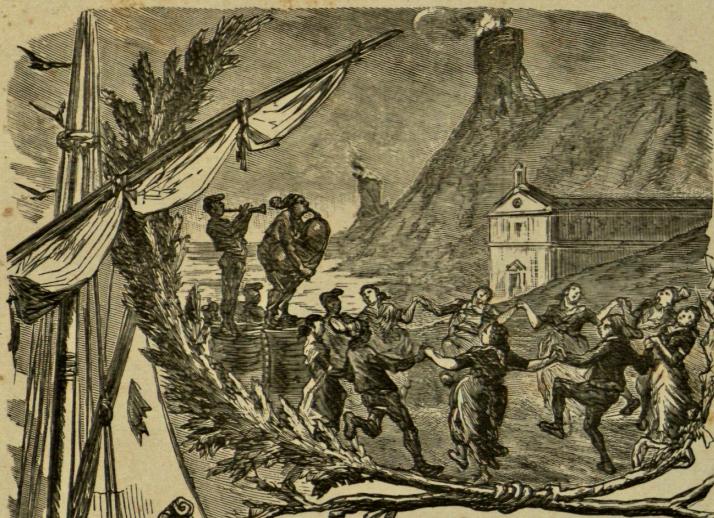
*Tomás Padró*

R. 405.515

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats

DIBUJOS DE T. PADRÓ.



*Tomás Padró*



fol

Gran. 74 (Padró) Fon

R. 405.515

